

Orígenes y recorridos de los feminismos: “Ensayos para la liberación”

Introducción a cargo de María Paula García

Consideraciones previas

Esta primera jornada está dedicada a los orígenes y a los recorridos de los feminismos y es, en gran medida, una jornada introductoria, en varios sentidos. En primer lugar porque es la primera de un ciclo en el que nos proponemos abordar distintas cuestiones que hacen a la lucha y a la teoría feminista, y nos dimos cuenta que a la hora de encarar nuestros desafíos actuales, nuestras perspectivas, tenemos una gran necesidad de conocer e intercambiar. Nos encontramos con que hay diferentes feminismos, diferentes experiencias, diferentes recorridos, un patrimonio muy valiosos que creemos que debe ser conocido y al mismo tiempo revisitado. Y también introductorio por los desafíos que estamos enfrentando, reflexiones que tienen que ver con un largo aliento. Las compañeras de Socialismo Libertario, como parte de SL, estamos tratando de iniciar una fase nueva en nuestra construcción, en nuestro perfil, en nuestro programa, y desde el punto de vista feminista hemos hecho un recorrido de casi diez años, que incluso comenzó antes de la fundación de Socialismo Libertario. Hemos hecho distintos ensayos, hemos probado distintos conceptos, categorías, teorías que hoy no nos convencen, que hoy queremos poner en discusión. Muchas nos conocen desde antes, otras nos están conociendo, pero creemos que este desafío que nos estamos proponiendo puede ser rico para tantas otras, porque no creemos ser las únicas que nos estamos interrogando acerca de qué feminismo construir y cómo hacerlo. Hay muchas mujeres, muchos grupos, que están en una constante dinámica, interrogándose sobre determinadas cosas, buscando qué es lo mejor. A la hora de lanzar el taller teníamos dos opciones: encarar estos interrogantes a través de un debate interno, entre las compañeras de SL y con las amigas más cercanas, o plantearnos el desafío de invitar a otras a pensar juntas. Creemos que el intercambio, aún siendo muy diferentes, incluso con experiencias distintas, con búsquedas diferentes puede enriquecernos a todas. Elegimos la segunda opción. Y acá estamos.

Sin embargo, “introductorio” no significa, por lo menos para nosotras, no tener algunos enfoques generales que estamos pensando para proponer, siempre dispuestas a cambiar de opinión a partir del debate y la reflexión común.

La primera cuestión que hace al enfoque es que no queremos volver sobre el recorrido de los feminismos para buscar una receta infalible, mucho menos para hacernos de rudimentos para plantearnos una línea de acción bajada mecánicamente de una determinada interpretación subjetiva de la historia. No es tampoco nuestra intención adscribir o proponer adscribir a tal o cual corriente histórica del feminismo, más allá de que seguramente nos podemos reconocer en alguna, en varias o en una.

Lo importante es pensar cómo todas las que estamos aquí somos mujeres interesadas y comprometidas construir un mundo diferente, un mundo mejor, comprometidas con la búsqueda de la transformación social, cada una desde su lugar. Y estamos convencidas de un punto de partida muy importante: no habrá transformación social sin liberación de las mujeres y, al mismo tiempo, no habrá una verdadera transformación social sin la liberación de las mujeres. Por eso pensamos que muchos elementos de la

historia, del recorrido de los feminismos y de la teoría feminista, pueden ser contribuciones esenciales para la transformación social.

Entonces, queremos volver sobre los orígenes y los recorridos para comprender los desafíos que tuvieron estas mujeres que nos precedieron, qué desafíos enfrentaron, con qué obstáculos tuvieron que medirse. No abordar el recorrido del feminismo en sí mismo. Preguntarnos qué puede significar hoy, en el momento actual de crisis profunda del capitalismo y de aceleración de la violencia patriarcal en todas sus formas y en todo el mundo. Por qué hacer un taller sobre el feminismo como lucha social, autonomía y revolución, ¿nos puede ser útil para pensar el presente, para proyectar un futuro diferente?

Como dice Victoria Aldunate Morales, una querida compañera feminista autónoma chilena, nosotras no tenemos biblias sagradas, no tenemos dogmas, y sabemos que muchos conceptos y muchas prácticas que surgieron en un momento determinado, que tuvieron un valor enorme y que arrojaron luz sobre determinadas circunstancias históricas puede ser que hoy no nos sirvan tal cual fueron pensadas, que hoy no nos sean útiles para pensar la compleja realidad y los desafíos que tenemos. Por eso hablamos de ensayos para la liberación, porque entendemos a las expresiones de los distintos feminismos como ensayos, como búsquedas de mujeres concretas que se han medido con una historia, con un contexto social, y han actuado en consecuencia, según sus propias convicciones, muchas dedicando su vida y muchas incluso perdiendo su vida en esto.

Nos proponemos intercambiar acerca de qué ideas, qué herramientas y conceptos son útiles de todo este recorrido, qué podemos extraer. Queremos reflexionar y debatir sobre los feminismos, pero, como decía Marina M. en su bienvenida, desde la perspectiva de la lucha social.

Comenzando por el principio

Si vamos a abordar los orígenes y los recorridos de los feminismos, sería bueno comenzar por el principio: ¿qué es el feminismo? A mí me gusta mucho cómo busca responder a esta pregunta Nuria Varela en un libro muy bueno que escribió, *Feminismo para principiantes*¹. Ahí ella dice que, en primer lugar, el feminismo es un impertinente, una palabra incómoda, y nos invita a que hagamos la prueba. Decir en cualquier lugar “yo soy feminista” es como decir la palabra mágica, la gente a nuestro alrededor nos mira raro, empieza a fruncir el ceño, se pone incómoda. Incluso Nuria Varela cita a una escritora irlandesa, Rebeca West, quien en algún momento afirmó: “yo no sé bien qué es el feminismo, yo sólo sé que la gente me llama feminista cada vez que expreso sentimientos que me diferencian de un felpudo”. Ana de Miguel, feminista española de la cual pusimos uno de sus textos en la bibliografía preparatoria de este taller, afirmó en una oportunidad algo que yo comparto: el feminismo se debate entre el desconcierto, el desconocimiento y la descalificación. Son tres elementos que siempre están presentes. Vayamos al diccionario de la Real Academia Española y busquemos la palabra feminismo: “doctrina favorable a la mujer; movimiento que exige para las mujeres los mismos derechos que para los hombres”. Amelia Valcárcel, otra feminista española, dice sobre esta definición, que, evidentemente, tantos años de lucha feminista no le han enseñado a la Real Academia que está definiendo al feminismo justamente como lo que no es para la mayoría de las feministas. Y agrega, ¿o acaso la Real Academia piensa que, como luchamos por los mismo derechos que los hombres, que la mujeres no tenemos derecho a abortar, por ejemplo? Esta es la realidad, el feminismo es un desconocido y, al mismo tiempo, es un descalificado, porque mucha gente asocia al feminismo como “el dar vuelta la tortilla”, la imagen especular del machismos. Gente que incluso no tiene ningún problema con que el machismo reine feliz en nuestra sociedad, ve con preocupación la posibilidad de que pudiera existir una sociedad feminista.

¿De dónde surge esta idea?, ¿por qué esta descalificación?, ¿sobre cuál conocimiento de la historia se tiene esa idea de mujeres como las sufragistas? Metámonos en la historia, conozcamos. ¿Por qué tanta gente tiene esa idea de mujeres que dieron la vida para que las niñas pudieran ser educadas, para que las adultas pudieran elegir un oficio y una profesión?, ¿por qué se tiene esta idea de aquellas mujeres que se han organizado para que las mujeres pudieran tener derecho al trabajo, a buenas condiciones de trabajo?, ¿por qué descalificar a todas aquellas que lucharon y todavía luchan contra la violencia hacia las mujeres, que se comprometieron y se siguen comprometiendo para que una violación no sea considerado algo privado sino un delito, que una violación no es producto de la casualidad de haber estado en el lugar equivocado y encima vistiendo una minifalda puesta?, ¿es acaso “dar vuelta la tortilla” denunciar la violencia contra las mujeres, la discriminación, el abuso, el no poder decidir sobre nuestros propios cuerpos, sobre nuestras vidas, sobre nuestra sexualidad? Si encaramos la reflexión desde todo aquello que los feminismos y las feministas han puesto en discusión, entonces sí, el feminismo es un impertinente, porque cuestiona el orden establecido, y el orden establecido está bien establecido por aquellos que lo han impuesto por la fuerza y que luchan para conservar sus privilegios, para su propio beneficio.

En principio, podríamos definir al feminismo como también lo define Nuria Varela, como un discurso político, una teoría y una acción política articulada por mujeres, aunque no sólo por mujeres pero fundamentalmente por mujeres, que, tras analizar la realidad en la viven toman conciencia de la situación que viven por la única razón de ser mujeres, y deciden organizarse para acabar con ella y para cambiar la sociedad. Entonces nos encontramos con un segundo problema, que es que entender al feminismo de esta manera, como un discurso político, una teoría y una acción política, nos lleva a hablar de feminismos en plural. No existe un único discurso político feminista, una única teoría feminista y una única acción política feminista, afortunadamente. El feminismo es una realidad compleja, multiforme, y hablamos de feminismos, haciendo hincapié en las distintas visiones, teorías y acciones que han existido y que surgen en todo el mundo.

Después están aquellos que dicen “el feminismo ha muerto”. Al mismo tiempo que no se lo conoce se le decreta la extinción. Y que podemos decir frente a esto. Sólo responderles que no sólo que mientras una mujer en el mundo sea violada, discriminada, traficada, asesinada, el feminismo tiene razón de ser; sino que, además, el feminismo no ha muerto porque surgen en todos lados distintas expresiones feministas que se suman a las existentes. Entonces podemos hablar de sufragismo, de feminismo de la diferencia, de feminismo de la igualdad, de ecofeminismo, de feminismo socialista, de feminismo autónomo, feminismo institucional, feminismo norteamericano, francés, latinoamericano, africano, asiático... O sea, no existe un único feminismo y el feminismo está constituido por el hacer y el pensar de muchísimas mujeres que, agrupadas o no, están repartidas por todo el mundo. Esto puede ser una riqueza enorme si lo pensamos de esta manera.

¿Cuándo surge el feminismo?

Si encaramos al feminismo en el sentido más amplio del término, es decir entendiendo al feminismo como la lucha por el derecho a decidir, el rebelarse ante una situación dada, podemos decir que el feminismo a existido siempre que las mujeres, individual o colectivamente, se han quejado de su destino por el simple hecho de ser mujeres y han buscado una situación diferente.

Sin embargo, sobre el feminismo en el sentido estricto, es decir como teoría y diversos postulados, varias feministas coinciden en que el feminismo ha nacido en la Modernidad y, a partir de ahí, encontramos distintos momentos históricos en los que las mujeres han llegado a articular, tanto en la

teoría como en la práctica, un conjunto coherente de reivindicaciones y se han organizado para conseguirlas.

De lo que sí estamos convencidas es de que el feminismo nace con la revolución y es, al mismo tiempo, una revolución. De la Revolución Francesa allá por el siglo XVIII en adelante, las mujeres no sólo serán protagonistas de las revoluciones y de las luchas sociales, sino que, al mismo tiempo, las mujeres harán sus propias revoluciones, incluso muchas veces al interior de diferentes procesos revolucionarios y de ascenso social.

Es interesante dar cuenta también de que “feminista” no era un adjetivo que usaban las propias mujeres para calificarse a sí mismas o a sus acciones. Por ejemplo las sufragistas no se decían a sí mismas feministas. Lo que podemos decir es que ya existía, con toda seguridad, lo que hoy llamamos feminismo, mucho antes de que el término se utilizara. El concepto, en realidad, se difundió mucho después, durante el siglo XX.

Yo no voy a abordar aquí el recorrido histórico de las distintas corrientes feministas, ni siquiera de una en particular, porque es algo muy amplio y, seguramente, ha sido útil el texto de Ana de Miguel que hemos publicado, donde hace una periodización y habla de diversas corrientes, aunque no de todas. Lo que sí podemos hacer es un intento de periodización histórica que, en general, es bastante compartida por diversas feministas e historiadoras: esquematizar el recorrido de los feminismos a través de olas.² Feminismo de la primera ola se usa para hacer referencia al movimiento feminista de finales del siglo XIX y principios del XX y la segunda ola se refiere al surgimiento de las ideas feministas de finales de los sesenta y durante los setenta. Esta clasificación es útil como resumen histórico, pero hay que tomarla con cuidado, porque si tenemos en cuenta la diversidad de feminismos e incluso las diferentes experiencias –nos va a pasar cuando nos metamos con América Latina –, ¿dónde vamos a colocar a muchas cosas?, ¿en la primera o segunda ola?. A veces los esquemas suelen ser insuficientes, pero hoy, para una primera aproximación puede ser útil. Siempre teniendo en cuenta, entonces, que se trata de un esquema. Olas pueden dar la falsa idea de que por fuera de ellas no hubo actividad feminista, cosa que no es así; y por otra parte hablar de primera y segunda ola puede terminar enmascarando la diversidad que se dio en cada una de ellas, o sea, las sufragistas no eran todas iguales y si hablamos de los sesenta y los setenta tampoco. Como también sería equivocado reducir a la primera ola sólo a la lucha por el sufragio.



Olympe De Gouges

Sí sabemos que la primera ola es el inicio de la Modernidad. Corría el siglo XVIII y tanto los revolucionarios como las revolucionarias francesas derribaban el absolutismo monárquico. Se proclama la Declaración de los Derechos del Hombre y se comienza a hablar de libertad, igualdad y fraternidad. Pero en ese mismo momento, algunas mujeres se percatan de que “hombre” no quiere decir humano o persona, sino varón, y que ni la libertad, ni igualdad y ni fraternidad eran para las mujeres. Es en ese marco que nace el feminismo: las mujeres se preguntan por qué quedan excluidas de la ciudadanía. Y no era una pregunta menor, porque quedar excluidas de la ciudadanía significaba quedar por fuera del derecho de recibir educación, de poseer la potestad de los propios hijos, no tener derecho a disponer de una propiedad, y en muchos casos hasta del fruto del propio trabajo. Las mujeres comenzaron preguntándose esto, no fueron simples espectadoras, surgen como protagonistas que accionan y que escriben. Hay diversas exponentes, como Olympe de Gouges o Mary Wollstonecraft mucho antes y en Inglaterra que escriben, que denuncian el rol asignado a las mujeres. Muchas crean salones de discusión literaria, de política...



Pero ¿qué querían estas mujeres? Por qué abrían el “libro de quejas” (parafraseando otra vez a Nuria Varela): nada menos que para ser consideradas sujetos plenos de derechos, decir nosotras también somos seres humanos, nosotras tenemos las mismas capacidades que tienen los varones para pensar, para razonar, para ser educadas, para desarrollar distintas profesiones. No era menor en ese momento plantear eso; no nos olvidemos que Olympe de Gouges fue guillotinado por su impertinencia, y Mary Wollstonecraft fue llamada nada menos que la hiena con faldas. Eran mujeres que levantaban muchísima polémica.

Las mujeres surgen así, con este protagonismo, y al mismo tiempo también serán protagonistas, no sólo de la revolución francesa y de las

revueltas y rebeliones de esa época, también serán protagonistas de la primera revolución de las clases oprimidas y explotadas, tendrán un rol de privilegio en la Comuna de París. No casualmente pusimos en la portada del cuadernillo la cita de Louise Michel una de las protagonistas de la Comuna de París, ella dice: *“En las reuniones del grupo de los*

Derechos de las Mujeres y en otras reuniones los hombres más avanzados aplaudieron la idea de igualdad. Noté – yo lo había visto antes, y lo vi más tarde – que los hombres, no obstante sus declaraciones, aunque parecieran ayudarnos, siempre se conformaban con las apariencias... me convencí de que nosotras las mujeres simplemente debemos tomar nuestro lugar sin pedir permiso por ello”. “... El viejo mundo debería temer el día en que aquellas mujeres finalmente decidan que han tenido bastante. Aquellas mujeres no flaquearán. La fuerza se refugia en ellas. Tened cuidado de ellas... Tened cuidado de las mujeres cuando se cansen de todo lo que las rodea y se levanten contra el viejo mundo. En aquel día un nuevo mundo comenzará”. La Comuna de París fue una experiencia extraordinaria, creada por primera vez en la historia por las clases oprimidas y explotadas de París,

y las mujeres ya ahí se enfrentan, ya no a los revolucionarios liberales franceses que habían derrotado al absolutismo monárquico, se enfrentan en una discusión con sus propios compañeros de lucha, oprimidos y explotados como ellas, porque ellas no podían desarrollar y asumir las mismas responsabilidades... “las mujeres a la retaguardia, a las barricadas vamos nosotros”, “las mujeres a socorrer a los heridos”. Mujeres como Louise Michel y tantas otras lucharán y entregarán la vida a la par de sus compañeros, y no sólo las obreras de París, sino también mujeres en situación de prostitución, que serán las primeras en ofrecerse a ir adelante en las barricadas y las primeras con las cuales la represión se ensañará de una manera particular.

El sufragismo continuará con la lucha de las mujeres, y no puede ser reducido simplemente a la lucha por el voto, sería una simplificación de la lucha sufragista. Ellas no se hacen sufragistas porque querían sólo el voto, empiezan a comprometerse con la lucha abolicionista, sobre todo en EEUU, y es ahí donde se dan cuenta, cuando van a las convenciones contra la esclavitud, que no pueden hablar. Dirigían en sus lugares, en sus pueblos, la lucha abolicionista y resulta que cuando van a las convenciones no pueden hablar, o deben participar detrás de una cortina de los eventos porque son mujeres. ¡Acá hay un problema!, ¿por qué no podemos hablar?, entonces así surgen las primeras manifestaciones y organizaciones directas de las mujeres reivindicando sus derechos civiles, políticos, hablar en público, participar, hacer política, cuestiones que en ese momento no era propio de las mujeres. Hay una gran



Louise Michel

diversidad de protagonismos, no era solamente la lucha por el sufragio. Podemos nombrar mujeres como Josephine Butler en Inglaterra, que desarrolla una lucha extraordinaria contra la prostitución. En



Europa comenzaban a verse las consecuencias de la vida en las ciudades modernas, y antes incluso de que Engels escriba *La situación de la clase obrera en Inglaterra* había mujeres como Josephine Butler o Flora Tristán que ya estaban preocupadas no sólo por como las clases explotadas vivían en condiciones hacinadas y en condiciones de trabajo paupérrimas, sino preocupadas por el aumento de la prostitución y por el tráfico de mujeres que ya existía en esa época. Josephine Butler se ocupaba junto con su marido de recorrer las calles y socorrer a las mujeres que habían sido expulsadas de los prostíbulos por ser leprosas o padecer otras enfermedades, mujeres muy jóvenes que habían entrado a trabajar en los prostíbulos y que cuando se enfermaban eran echadas como perros a la calle.

Josephine Butler se las lleva a su casa para darles una vida digna (o lo que les quedaba de vida). Lo mismo Flora Tristán, una pionera absoluta en relacionar al incipiente y recién nacido socialismo como teoría, como práctica social y política, con los derechos de las mujeres. Ella es la primera que denuncia y dice “la mujer es la proletaria del proletario” y también una de las primeras en denunciar la barbarie que sufren las mujeres obreras y marginadas en las ciudades europeas. El capitalismo en esa época significó una alteración muy profunda de las relaciones entre los sexos, no es que el capitalismo iba por un lado y la cuestión de las mujeres iba por otro. Incorporó a las mujeres proletarias al trabajo industrial como mano de obra barata y sin ningún derecho sindical, y en la burguesía se dio otro fenómeno que es que las mujeres quedaron enclaustradas en el hogar sin ningún tipo de derecho. La unidad entre estas dos clases sociales se veía en el hecho que por el sólo hecho de ser mujeres no tenían ningún derecho, ni civiles ni políticos, sufrían discriminación incluso las mujeres burguesas, que, si no lograban casarse con un buen partido que les prometiera una vida digna también podían terminar como monjas o en la calle. El siglo XIX es importante porque es el siglo de los movimientos de mujeres por cambiar la situación de exclusión de lo público y también de denuncia de la servidumbre privada.



Durante todo el siglo XX el feminismo fue un movimiento muy activo y muy diverso³, se pusieron en el centro los derechos de las trabajadoras y de las mujeres en general, todo lo que fue la lucha por el



bienestar de las obreras, las asignaciones familiares, la igualdad de las condiciones de trabajo entre los sexos, la defensa de los hijos de las madres solas, eran muchas cuestiones que no tenían que ver sólo con el derecho a votar. Acá encontramos también el origen del 8 de marzo, del Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Justamente porque 129 obreras fueron quemadas vivas, estaban en huelga, con la fábrica tomada, por el reclamos de mejores condiciones salariales, y el patrón no tuvo mejor idea que encerrarlas y prenderlas fuego. Ahí surge la leyenda del color violeta, que es el color del feminismo, porque muchas personas dijeron que violetas eran las telas que estas mujeres estaban hilando y que cubrían gran parte de lo que era esta fábrica enorme en Nueva York, otras dijeron que en realidad violeta

Incendio en la Triangle Shirtwaist Factory

era el humo que se veía salir de la fábrica cuando ardían estas mujeres adentro. Se ha convertido en leyenda pero el violeta es el color que enarbolamos las feministas.

Francesca Gargallo, la feminista de la cual también incorporamos un texto en el Cuadernillo, dice que después de la Segunda Guerra Mundial y de la consecución del voto, el movimiento feminista pareció tener un repliegue y que a eso había que sumarle que los hombres volvían de la guerra a ocupar masivamente los puestos de trabajo, los Estados se esforzaron por hacer campañas por el retorno al hogar. La mujer vuelve al hogar a “su lugar natural”, y nos encontramos luego con la segunda ola.

La década del '60 fue tumultuosa. Y, particularmente, creo que la segunda ola fue impresionante por lo



que significó, en medio de la radicalización estudiantil, en medio de la radicalización pacifista que recorría distintos lugares del mundo, de la lucha de los afroamericanos en EEUU. El movimiento feminista resurgió con un nuevo empuje, ya sí definiéndose como movimiento de liberación de las mujeres. Y fue muy rico porque esta segunda ola llevó el debate de la denuncia de la exclusión de lo público y la denuncia de la servidumbre privada, el debate sobre la vida privada a la vida pública y a la política.

A esta ola le debemos todas las discusiones sobre la cuestión del cuerpo, la sexualidad, el aborto, la maternidad como elección y no como destino, la crítica a la heterosexualidad obligatoria, la cuestión de la toma de conciencia que es uno de los pilares de la lucha feminista, cómo la conciencia es un primer paso indispensable porque es imposible solucionar o enfrentar el problema si antes el problema no es reconocido.

Es importante no olvidar este proceso complejo. Las mujeres hemos llegado a muchos conceptos con mucho trabajo, ha sido un recorrido vivo. Desentrañar la estructura de un poder específico, que todavía no tenía nombre, que enfrentaban como mujeres, y es apasionante porque va desde la experiencia individual a la lucha colectiva, al sentimiento de solidaridad de las mujeres.

Conceptos claves para visitar y visitar

Por último, me voy a centrar en tres conceptos muy importantes para pensar el hoy, siempre atendiendo a que fueron elaborados en un contexto concreto. Ninguna de estas mujeres escribió para la posteridad, para siempre, como si fueran un dogma, aunque muchos de estos conceptos todavía estén vigentes.

Abordemos las categorías de *patriarcado*, *género* y *lo personal es político*.

La crítica producida por los feminismos contribuyó a la elaboración de una nueva palabra: *patriarcado*, con la cual se denominaba al sistema social y cultural que le otorgó un claro predominio al varón. Profundizar el análisis sobre la subordinación de las mujeres puso de manifiesto relaciones creadas por los seres humanos, con lo cual, no existe ningún orden natural ni sobrenatural al que responsabilizar por esta subordinación de las mujeres. Estas feministas comenzaban a afirmar que la inferioridad de la mujer no era un problema religioso – no era un dios que nos hacía inferiores – y tampoco era algo que estaba determinado por la propia biología: son poderosas razones sociales y culturales las que actuaron para establecer esta desigualdad, y para explicarla surge el término de patriarcado.



Kate Millet

El término incorporado por Kate Millet⁴, una feminista norteamericana que en 1960 hace referencia a cómo en ese contexto social particular, los hombres ejercen un poder legal, personal y político sobre la mujer. Ese poder se basa en lo que ella llamó la *política sexual*, esto es, el sistema de poder interpersonal por el cual el hombre individual domina a la mujer individual. Millet afirma que si la política ha sido definida como la lucha por el poder de lo público, es necesario introducir esta instancia de poder privado, donde se expresan dominación y subordinación. Este es un punto clave porque desmitifica cualquier idealización que podía existir del amor romántico, “yo te celo porque te quiero”, “vos sos mía”, etc. Ella plantea que las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer implican una dimensión política, y que la política sexual es un ejemplo de cómo lo privado tiene una dimensión pública.

Sin embargo se preocupa por aclarar bien que cuando afirma “lo personal es político” no está diciendo que lo personal es lo mismo que la vida pública, no es se pretende aplicar las categorías de lo social o las herramientas para comprender lo social a la vida personal. Kate Millet dice que afirmar que “lo personal es político” significa que la experiencia distintiva de la mujer ocurre dentro de una esfera que ha sido socialmente vivida como personal, como privada. Es decir que “lo personal es político” significa que el género como división de poder constatable, verificable a través de la experiencia que vivimos todas en nuestra vida íntima es algo que tiene que ver con el poder más en general. Este concepto tuvo consecuencias enormes, en primer lugar porque la violencia y la discriminación pasaron a ser consideradas actos políticos, vistos como actos de poder y de dominio, fue muy importante para que las mujeres pudiéramos empezar a pensarnos como hermanas, porque la violación, el fingir el orgasmo, el no tener placer sexual, el estar sometidas aun abuso a violencia no eran más consideradas experiencias aisladas, privadas, algo que te pasa a vos porque vos tenés problemas o te los buscaste. La experiencia del dominio, de la subordinación, de la violencia es, en esencia, de todas las mujeres. Cuando se comprende que estos son actos que tienen una dimensión y un carácter político se puede enfrentar y superar esta violencia a través de la organización, la acción política y la confianza personal que muchas veces nos falta. Para Millet el patriarcado era universal, – a mí no me convence la idea de lo universal, sobre todo por quién define qué es lo universal de lo que no lo es –, pero sí podemos estar convencidas de que el término patriarcado tiene que ver con un sistema de dominación muy complejo y que está perpetuado a través de distintos medios culturales, ideológicos, etc., sostenido por culturas, por prácticas cotidianas, muchas veces invisibilizadas, veladas, naturalizadas y también sostenidas por instituciones, por los Estados y por las religiones que son siempre patriarcales.

Otro concepto importante que surge en los 60 y los 70 es la relación entre sexo y género. La diferencia entre estas dos palabras se debe al feminismo teórico, a pesar de que la palabra género viene de la psiquiatría, viene de algunos estudios que surgen en esa época de personas que biológicamente tienen un sexo, nacían con determinados atributos femeninos o masculinos pero que en su vida cotidiana no encontraban una correspondencia entre lo que sentían que eran y el atributo biológico con el cual habían nacido. Ahí se empieza a hablar de que había una diferencia entre sexo y género, y esto es tomado por muchas teóricas.

Sin embargo, hay un antecedente importante antes de llegar a la cuestión del género, que es la publicación en 1949 de *El segundo sexo*⁵ de Simone de Beauvoir, un antes y un después en la historia del feminismo. En este libro ella dice cosas que parecen muy sencillas al leerlas hoy, pero en ese momento fueron toda una revolución.

Simone de Beauvoir comienza diciendo que es evidente que todo el mundo está de acuerdo en reconocer que en la especie humana hay hembras, y que éstas constituyen la mitad de la humanidad.

Pero es habitual escuchar “la feminidad está en peligro”, sobre todo cuando las mujeres tomamos la palabra, somos protagonistas, realizamos acciones militantes, es decir, cuando asumimos comportamientos o roles no aceptados normalmente para las mujeres. Eso puede hacernos dar cuenta, entonces, que todo ser humano hembra, por lo tanto, no es necesariamente una mujer, para serlo necesita, además, comportarse, ser femenina. Y ella se interroga, ¿de dónde sale la femineidad?, ¿es segregada por los ovarios?, ¿basta ponerse una minifalda para que aparezca?, ¿qué es una mujer?, y ahí desarrolla su famosa frase: “No se nace mujer, se llega a serlo”. Nacemos hembras. Ser una mujer una mujer requiere de todo un largo recorrido, que significa incorporar aquello que se espera que seamos como mujeres,



Simone De Beauvoir



determinadas expectativas según el momento histórico. Se trató de una elaboración revolucionario, porque se empezó a distinguir entre sexo y género. Al sexo se lo empezó a considerar como un vocablo que da cuenta de características anatómicas y fisiológicas correspondientes a mujeres y varones, lo que se le atribuye a la biología. Y al género se lo utilizó para dar cuenta del significado decisivo de los

condicionamientos sociales y culturales, históricamente forjados, que creaban los caracteres masculinos y femeninos. La concepción de género hace visible la construcción histórica de los sexos, toda vez que cada cultura indicaba las funciones, las actividades, las expectativas de comportamiento relacionada con cada una de ellos.

Sin embargo, al mismo tiempo el que el género era un concepto muy disruptivo, porque imagínense la historia de varios siglos donde distintas teorías religiosas, políticas, seudocientíficas decían que la mujer es inferior por naturaleza, que la mujer no puede pensar porque está menos dotada biológicamente, que la mujer tiene menos fuerza que el hombre, que la mujer tiene que ser madre para realizarse, que todo era parte de su destino biológico; que estas mujeres dijeran no, que el sexo no es destino, que por nacer con determinadas características biológicas no se derivan determinadas características sociales y culturales que las mujeres debamos realizar fue una gran conmoción. En principio, el género fue una manera distinta de entender la realidad. Ahora, al mismo tiempo, algunas empiezan a opinar que con este vocablo no las cosas no van bien, porque dicen que el vocablo género neutraliza la jerarquía histórica, todos son problemas de género sin ninguna jerarquía y que se puede referir tanto a cuestiones masculinas como femeninas. Hay otras más radicales, como Judith Butler actualmente, que afirman que es un error hablar de sexo por un lado y género por otro, ya que el término sexo tampoco es de orden biológico, sino una creación sociocultural que responde a las convenciones de sexualidad normal. Entonces, agrega, que la noción de género confunde, porque hace pensar que hay varios sexos biológicos completamente determinados por la genética y no por cuestiones que tienen que ver con lo

social. Más allá de la polémica, creo que se trata de una primera crítica que es interesante escuchar y conocer.

Después encontramos otras críticas, que tienen que ver con el desarrollo de la experiencia feminista, mujeres que empiezan a preguntarse ¿todas pertenecemos a un mismo género no?, ¿qué caracteriza a



una mujer?, ¿quién dispone lo que contiene esa categoría?, la mujer, ¿es una esencia única, invariable, común a todas las mujeres?, ¿quién es esa mujer a la que llamamos género femenino?, ¿la latina, la lesbiana, la empleada, la estudiante, la obrera, la campesina, la blanca y occidental o la afroamericana? ¿Quién es esa mujer de la que hablamos como universal? Surgen críticas que plantean que, así como hablamos de feminismos, es importante no hacer referencia a un único sujeto mujer, hablemos de mujeres.

Entonces la categoría género que, repetimos, fue muy importante para comprender e interpretar las desigualdades, ya a los pocos años de su nacimiento comenzó a ser cuestionada por voces marginadas dentro del mismo feminismo. Muchas mujeres agregaron que no alcanza con hacer visible la desigualdad de los géneros si no se reconoce que hay diferencias también al interior de las propias mujeres. Son justamente las afroamericanas, las latinas y las lesbianas las que denuncian la construcción de un estereotipo de mujer, blanca, clase media, heterosexual que supuestamente nos representaría a todas, y que es necesario abordar las múltiples formas de sometimiento que pueden llegar a sufrir una mujer por el simple hecho de ser la otra en su sociedad. Vivimos en un continente privilegiado para pensar esto, imaginen lo que significa ser niña, mapuche, pobre, viviendo en un país como argentina o Chile donde ya sabemos cómo viven los pueblos originarios, entonces ¿quién es esa mujer? Lo que se cuestiona es una universalización del estereotipo mujer, que produce la exclusión dentro del feminismo, entonces se denuncia que la diferencia entre los géneros se pensaba a partir de un sujeto mujer única. Surge el interrogante de cómo se constituyen las identidades, cómo las identidades son muy complejas como para reducirlas a un esquema. Las afroamericanas denuncian otras cosas, como por ejemplo la mirada paternalista, el interés exótico por parte de las americanas. Nosotras, las latinoamericanas, muchas veces lo sufrimos por parte de otros sectores. Cuántas veces las feministas norteamericanas o europeas nos dicen cómo han luchado ellas y cómo deberíamos luchar nosotras, desconociendo absolutamente el recorrido de las luchas en América Latina, pero además como si todas tuviéramos un lugar a dónde llegar y no múltiples experiencias y recorridos de los cuales todas podemos aprender, que no se trata de copiar sino de crear. Las afroamericanas denuncian que aquellas que se autodenominaban “las mujeres” eran las que juzgaban si las experiencias de las demás mujeres eran auténticas o no. Asumir la diversidad de las mujeres, ¿hace que no podamos hablar de lucha feminista, que no podamos hablar de liberación de las mujeres? Creo que no, el tema es cómo nos pensamos, si nos pensamos en plural, como muchas y diferentes y, al mismo tiempo, con iguales derechos, oprimidas por ser mujeres, aunque las modalidades de esa opresión sean distintas y, fundamentalmente, unidas por una misma lucha por la liberación.



A nosotras nos hizo pensar mucho escuchar a la madre de Sandra Gamboa, la joven asesinada en La Plata y cuyo asesinato aún está impune. ¿Cuál es el motivo por el cual fue asesinada y su crimen continúa impune?, ¿porque simplemente era mujer o porque además de ser mujer era pobre, mestiza y peruana? El caso de Sandra es la triste expresión de cómo la pertenencia de etnia, de clase y de nacionalidad están atravesadas por el patriarcado, cómo es necesario pensar las cosas de manera más articulada.

La categoría de género tiene un gran mérito y utilidad. Como afirma Roxana Longo, género es una categoría fundamental para reflexionar sobre las relaciones sociales que se establecen entre los seres humanos, las desigualdades existentes entre hombres y mujeres; las dimensiones de poder que se establecen entre ciertas relaciones sociales y cómo las mismas se reproducen en las instituciones tradicionales y en los movimientos sociales actuales⁶. Pero teniendo en cuenta este valor, vemos necesario atender las diferentes críticas que recibió y sigue recibiendo.

Actualmente es muy criticado por aquello en lo que lo han convertido. Esto lo denuncia muy claramente Victoria Aldunate Morales: el género es utilizado por el poder para despolitizar al feminismo.

Actualmente tenemos gobiernos que no tienen ningún problema con que mueran mujeres por abortos clandestinos, pero que se preocupan por las cuestiones de género, o que tienen expertas en género, tecnócratas que tienen un sueldo y que se dedican a analizar lo que las pobres mortales vivimos en la sociedad actual y a decir lo que deberíamos hacer.

Es un llamado de atención: muchas de estas categorías que han sido revolucionarias por su contenido disruptivas, han luego sido captadas. Victoria Aldunate M. dice algo con lo cual yo coincido mucho: nosotras somos feministas en primer lugar. Coincido, creo que para discutir género, patriarcado, etc., debemos partir de eso, de nuestro ser feministas, de nuestra lucha y compromiso por la liberación de las mujeres, no de discusiones genéricas y abstractas respecto a “cuestiones de género”.

La compleja relación entre capitalismo y patriarcado

Por último, quisiera referirme a la compleja relación entre capitalismo y patriarcado. Es algo para debatir en extenso, lo podemos desarrollar más en los talleres que siguen a continuación, pero considero que no lo podemos obviar si hablamos de opresión y explotación. Hacer referencia al



capitalismo y al patriarcado es una necesidad vital, sobre todo para aquellas que estamos comprometidas en la lucha por la liberación de las mujeres, por los derechos de las mujeres como parte de la liberación de los explotados y oprimidos. Lamentablemente, la discusión sobre la relación entre capitalismo y patriarcado se ha expresado y se expresa en qué viene primero y qué viene después, qué es lo principal y qué es lo secundario, si primero la clase y después el género. Creemos que planteado así es una trampa; yo me inclino a pensar en que, en realidad, debemos partir de aquello que buscamos. Si tenemos en cuenta al

capitalismo, nos percatamos de que la supervivencia del patriarcado es necesaria para su funcionamiento, porque le ayuda a sostener el orden, el control, su estructura y su organización. Y, al mismo tiempo, el patriarcado no es una abstracción histórica; si bien es verdad que es anterior al

capitalismo, también es cierto que ha cobrado nuevas formas y lógicas con el capitalismo. Es por ello que se refuerzan mutuamente.

Por ejemplo, las violaciones y tráfico de mujeres no nacen con el capitalismo, en la Edad Media ya existían, y antes también. Pero reconozcamos que con el capitalismo, aún más en su fase neoliberal, esas prácticas han dado un salto cualitativo: hoy hablamos de que el tráfico de mujeres se ha convertido en el segundo negocio más rentable, en todo el planeta. Tráfico de mujeres en serie, como mercancía que se pueden vender, exportar, como se exporta cualquier producto en el mercado globalizado.

Asesinatos de mujeres a gran escala. Celia Amorós, en su libro *Mujeres e imaginarios de la globalización*⁷, relata lo que significó para ella asistir a un seminario con feministas mexicanas y conocer a las familiares de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, y se interroga acerca de la relación que podemos establecer entre el desarrollo actual del capitalismo, las maquilas y los asesinatos en serie de mujeres, cuánto podemos ver que “viene todo junto”. Y desarrolla más cuestiones, por ejemplo la metáfora de que, si bien es el capitalismo quien fija las reglas del concurso, es el patriarcado es quien reparte los números.

Si queremos tener una dimensión de lo que significa la estrecha relación entre capitalismo y patriarcado, leamos algunos de los datos que Victoria Aldunate Morales nos ofrece en su artículo *¿Género? ¿Qué es género?...El feminismo no muere...*⁸:



Sobre tiempos y dineros:

- Las mujeres realizan más de la mitad del total del tiempo de trabajo en el mundo.
- Del total del tiempo de trabajo masculino, las 3/4 partes corresponden a actividades remuneradas.
- Del total del tiempo de trabajo de la mujer, sólo 1/3 obtiene remuneración (OIT, PNUD).



Plusvalías:

- El trabajo doméstico impago de las mujeres subvenciona entre el 25 y el 40 % del Producto Nacional Bruto (PNB) en países desarrollados (PNUD).
- El trabajo no remunerado de la mujer en el hogar representa un tercio de la producción económica mundial. (Naciones Unidas).
- Entre el 50 y el 80 por ciento de la producción, la elaboración y la comercialización de alimentos corre a cargo de las mujeres (Naciones Unidas).
- Si se contabilizara el aporte en trabajo no remunerado de las mujeres el producto mundial se incrementaría en alrededor de 11 billones de dólares.

Pobrezas y hambre:

- En total 815 millones de personas pasan hambre, de los cuales 300 millones (36 %) son niños y niñas, y 456 millones (el 56 %) mujeres (FAO).
- Las mujeres constituyen el 70% de los 1.300 millones de pobres absolutos del mundo (OIT).

Los datos son concretos: al capitalismo le interesa la explotación económica, pero no todos somos explotados de la misma manera. Esto lo denuncia Diana Maffía en el texto que publicamos: si el capitalismo tuviera que reconocer el trabajo de reproducción social que realizan las mujeres de manera invisibilizada y gratuita, estallaría.

Capitalismo y patriarcado se refuerzan mutuamente. La discusión no es qué es lo principal y qué es lo secundario, sino la posibilidad de abordarlos de manera sincrónica y de comprender la gran complejidad que tienen las relaciones sociales de poder en la actualidad. Es desde este lugar que no acordamos con la simplificación de que la simple lucha contra el capitalismo nos liberará automáticamente.

Parafraseando una vez más a Victoria Aldunate Morales: *no hay revolución posible sin feminismo. La revolución que no asuma el feminismo, no será. Máximo será un patriarcado de izquierda, incoherente y estrecho...*⁹

Pero tampoco coincidimos con que es posible humanizar, suavizar, y mucho abolir al patriarcado sin luchar contra la explotación capitalista.

Y entonces, ¿cómo podemos pensar al feminismo?

Con esto vamos terminando. Seguramente en los talleres podemos retomar; puede ser útil problematizar estos conceptos, hacer cuentas con lo que significan en nuestra práctica cotidiana.



Quería terminar con cómo pensar al feminismo que buscamos, e intercambiando con las compañeras que preparamos este taller, abordamos la discusión planteada por Ana de Miguel en un artículo donde ella plantea la necesidad de tener en cuenta tres elementos: *feminismo como teoría; feminismo como movimiento social y político; feminismo como práctica cotidiana.*¹⁰

El feminismo como teoría es una teoría crítica de la sociedad, que desmonta y desnaturaliza la visión patriarcal de la sociedad, y nos da la posibilidad de tener una nueva visión, una nueva interpretación de la realidad. En el libro de Nuria Varela se hace referencia a la metáfora de las gafas violetas: las feministas nos ponemos nuestras gafas violetas, y así, vemos cosas que los demás no ven. Donde muchos ven galantería nosotras vemos opresión; donde otros ven a los celos como muestras de afecto, nosotras vemos violencia hacia las mujeres; donde algunos ven a la prostitución como un trabajo más, nosotras vemos esclavitud y explotación sexual; y podríamos seguir. El feminismo puede ser una teoría que se desprende de nuestras propias experiencias, prácticas cotidianas, como generalización de nuestra práctica, de nuestra lucha, y que después vuelve constantemente sobre esas prácticas, para ver si debe ser reformada, revisitada. No entendemos a la teoría como un plano propio, mucho menos como un marco rígido e inamovible.

El feminismo como movimiento social y político es un feminismo estrechamente comprometido con la transformación social global, que busca crecer en la sociedad, contribuir a que la sociedad se transforme, luchando contra la dominación patriarcal en todas sus formas y contribuyendo a desterrar una de las formas de opresión y desigualdad social más útiles a la dominación actual.

Y, finalmente, feminismo como práctica cotidiana, significa un compromiso ético. Las mujeres que nos acercamos al feminismo hacemos un compromiso ético, que significa elegir una determinada manera de ser y de estar en el mundo, de mirar el mundo y de comprometernos con su transformación, de no conformarnos ni con las falsas promesas ni con las migajas. Vamos por todo, queremos cambiarlo todo,

como valores y prácticas de la vida cotidiana que devienen de la toma de conciencia individual y colectiva.

Estos tres elementos se pueden llenar con muchísimas cosas más. Hay quienes piensan que estos tres elementos pueden combinarse a voluntad, ya que hay diversos feminismos; algunos son más teóricos, otros que hacen más acciones directas, otros que pretenden que las mujeres primero cambiemos nuestras relaciones y luego vendrá el tiempo de luchar, porque con luchar no alcanza. Nosotras no queremos vivir esa fragmentación, no queremos pensarnos sólo como teóricas ni tampoco como meras hacedoras. Mucho menos caer en microprácticas endogámicas. No queremos pensarnos escindidas, queremos ser una unidad, queremos tener unidad entre construir y ser parte de una teoría de transformación social y revolucionaria, asumir al feminismo como un movimiento de transformación social y político que requiere comprometerse, poner el cuerpo cotidianamente en las distintas luchas y en la vida cotidiana.



Cierro con una cita que me gustó mucho del libro de Nuria Varela, *Feminismo para principiantes*:

...“El feminismo es la linterna que muestra las sombras de todas las grandes ideas gestadas y desarrolladas sin las mujeres y en ocasiones a costa de ellas: democracia, desarrollo económico, bienestar, justicia, familia, religión... Las feministas empuñamos esa linterna con orgullo por la herencia de millones de mujeres que partiendo de la sumisión forzada y mientras eran atacadas, ridiculizadas y vilipendiadas, supieron construir una cultura, una ética y una ideología nuevas y revolucionarias para enriquecer y para democratizar el mundo.

La llevamos con orgullo porque su luz es la justicia que ilumina las habitaciones oscurecidas por la intolerancia, los prejuicios y los abusos. La llevamos con orgullo porque su luz nos da la libertad y la dignidad que hace ya demasiado tiempo nos robaron en detrimento de un mundo que sin

nosotras no puede considerarse humano.”...¹¹

Notas:

1. Varela, Nuria. *Feminismo para principiantes*. México: Ediciones B, 2005.
2. Ver Jane Freedman, *Introducción: ¿Feminismo o feminismos?*, en *Feminismo ¿Unidad o conflicto?*, Madrid. Narcea Ediciones, 2004.
3. Ver Ana De Miguel, *Los feminismos en la Historia: el restablecimiento de la genealogía*, en *Miradas desde la perspectiva de género*, Isabel de Torres Ramírez (compiladora), Narcea Ediciones, 2005.
4. Millet, Kate. *Política Sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1995.
5. De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. México: Alianza Editorial, 1995.
6. Longo, Roxana. *El protagonismo de las mujeres en los movimientos sociales*. En *Hacia una pedagogía feminista*, Buenos Aires: Editorial El Colectivo, 2007.
7. Amorós, Celia. *Mujeres e imaginarios de la globalización*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2008.

8. Aldunate Morales, Victoria. *¿Género? ¿Qué es género?...El feminismo no muere...* Artículo en versión digital publicado en Kaos en la Red: <http://www.kaosenlared.net/noticia/genero-genero-feminismo-no-muerde>, febrero 2009.
9. Reportaje a Victoria Aldunate Morales, en *Cuatro voces feministas*, Suplemento especial de la revista de Socialismo Libertario nº 60, noviembre 2008.
10. De Miguel, Ana. *El feminismo como referencia de legitimidad para las mujeres*. Madrid: Revista Crítica nº 943, marzo 2007.
11. Varela, Nuria. *Op. cit.*